

## Entrevista con Gabriel García Márquez

### El amor en los tiempos del cólera y El otoño del patriarca

Raymond L. Williams  
*Universidad de Colorado*

*Williams:* ¿Por qué no comenzamos con *El amor en los tiempos del cólera* y sus experiencias personales? ¿Qué vivencias tuvo al navegar por el río?

*García Márquez:* Yo viajé por el río Magdalena la primera vez a los ocho o nueve años. Salí de Aracataca cuando murió mi abuela. Fui a Magangué e hice el viaje con mi padre, en barco. El quería visitar a su madre cuando yo tenía ocho o nueve años. Eso fue en el año 36. Hice ese viaje en un barco que hacía la ruta Barranquilla-Magangué en más de 24 horas.

*Williams:* ¿Cómo fue el viaje? ¿Relativamente rápido?

*García Márquez:* No, era muy largo. Era un buque de leña como en la novela. En ese entonces había que cargar leña. Fue cuando empezó la deforestación del río, y todavía se veían caimanes y la gran diversión era ésa. Ver los caimanes que se detenían a la orilla del río con la boca abierta para cazar mariposas o lo que hubiera. Y había también en los playones manatíes por todas partes. Lo que a mí me impresionó mucho del manatí fue cómo les daba de mamar a los niños, a las crías. Eso está en *El otoño del patriarca*. Entonces, en ese primer viaje me impresionó mucho ver los caimanes y los manatíes. Eso fue en el 36, y después hice por lo menos cinco viajes de subida y cinco viajes de bajada cuando estaba estudiando el bachillerato en Zipaquirá. Se iba desde el puerto de Barranquilla a Puerto Salgar. Otro viaje fue en el 43. Ya el río había cambiado: los

barcos no eran de leña, eran de petróleo. Pero ya el río no era el mismo que había visto. Porque en *El amor en los tiempos del cólera* yo hice dos viajes, primero cuando Florentino Ariza se va de telegrafista a Villa de Leyva y no alcanza a llegar. Ese viaje lo hice por un motivo técnico, para no tener que describir todo el río en el segundo viaje. Hubiera pesado y distraído mucho. Entonces decidí mostrar el río primero a través del mismo personaje, con el objeto de que en la segunda ocasión ya el río estuviera descrito, y poder comparar cómo era el río antes y cómo era después. Por eso me tuve que inventar ese viaje que no sabía cómo hacerlo; no tenía cómo justificarlo. Y es entonces cuando Florentino Ariza se va... De manera que cuando se narra el segundo viaje de los personajes en su luna de miel, ya está todo planteado. Pude hablar primero sobre cómo era el río antes, y ya el lector lo sabe. Y segundo, no hubo que distraerse mucho en la descripción, pues el río ya estaba descrito.

*Williams:* Hay mucho de la vida cotidiana, incluso de la moda en *El amor en los tiempos del cólera*. ¿Ud. investigó la moda de la época?

*García Márquez:* Eso sí lo estudié mucho. Pero no se puede caer en la trampa porque hay un gran irrespeto por la cronología.

*Williams:* Claro, a veces resulta un poco anacrónico.

*García Márquez:* No corresponde exactamente a los tiempos. Es decir, no hay un rigor histórico. Alguien se puso a sacar las cuentas de que si las cosas ocurrieran en tal fecha, entonces no podía estar Víctor Hugo en París, y que si fuera en tal otra fecha, Oscar Wilde no habría podido escribir porque Oscar Wilde no coincidió con esto o con lo otro. Pero no es que sean anacronismos o contradicciones accidentales, sino que hay una voluntad de no restringir un detalle que he encontrado bonito simplemente para no mover todo el tiempo, para poder utilizar el detalle, y lo he dejado así porque no tiene importancia. No es una reconstrucción histórica, en realidad son elementos históricos usados poéticamente. Bueno, todos los escritores lo han hecho. Lo que pasa es que los franceses son particularmente rigurosos en eso, porque ellos son cartesianos.

*Williams:* Yo noté algo parecido en el caso del espacio, que parece ser básicamente Car-

tagena, pero de repente aparece el Café de la Parroquia, que sabemos está en Veracruz, ¿verdad? También hay cierta poetización del espacio, ¿no es cierto?

*García Márquez:* Bueno, el Café de la Parroquia podría estar perfectamente en Cartagena. El hecho de que no esté en Cartagena es casual, porque todas las condiciones están dadas para que esté en Cartagena. Incluso el mismo Café de la Parroquia que hay en Veracruz podría estar en Cartagena si el español que lo hizo se hubiera ido a Cartagena. El abuelo de Mercedes era un arquitecto egipcio que salió para Nueva York y terminó en Mangüé; se quedó allí. Es una poetización del espacio, creo que un poco exagerada. En cualquier caso, no hace falta en Cartagena un café como el Café de la Parroquia. Me lo llevo a Veracruz, pero no es que haga falta geográficamente en la novela. Estoy en Cartagena y de pronto me encuentro con deseos de ir a algo así como el Café de la Parroquia. Entonces tengo que irme a los bares de los hoteles y estas cosas, y siento que es una falta. ¡Qué maravilla tener la libertad creativa de un escritor! Cada vez que escribo digo que inventar la vida es más maravilloso que vivir dentro de unas leyes rígidas, porque los personajes no mueren cuando uno quiere, ni nacen cuando uno quiere. Hay un episodio que para mí es la experiencia más emocionante que tengo como creador. Se trata de la familia de Fermína Daza cuando era niña. Estaba escribiendo toda la vida dentro de esa casa donde ella vive con su padre y con la tía soltera, que es una copia real de la casa donde está ahora la Librería de la Oveja Negra en Cartagena, en la Plaza Fernández Madrid. Desde antes de que existiera la librería, yo busqué dónde podría vivir Fermína. Tenía un primer borrador: estaban la niña, el padre, la tía soltera y la madre. Pero, la madre me sobraba siempre. Yo no sabía qué hacer con la madre. Cuando estaban en la mesa comiendo veía perfectamente la cara del padre, la de la tía y la de la niña, pero la cara de la madre la veía totalmente borrosa. La inventaba de un modo, la inventaba de otro, la copiaba de fulana de tal, y el personaje me seguía sobrando, y la novela se me estaba hundiendo, y no sabía qué hacer. La tía acompañaba a la niña al colegio. El padre no estaba nunca en la casa. Estaba la negra que se ocupaba de la casa.

Entonces, ¿qué hacía la madre? Y de pronto un día, cuando pensaba que me había metido en un callejón sin salida, me di cuenta de que lo que pasaba era que la madre se había muerto cuando la niña nacía. Y por eso está la tía soltera, porque este hombre tuvo que llevarse a su hermana para que le criara a la hija. Y por eso está la otra, la negra, para que se ocupe de la casa. Y por eso esa mujer no tenía nada que hacer allí. En realidad, es una experiencia que a mí me parece preciosa. Es así como ese personaje empezó a vivir en el momento en que yo descubrí que se había muerto: es una presencia en la casa, de la cual se habla como de alguien que murió, que dejó una huella en su hija. Por eso está la madre, por eso está el padre solo y con ese carácter endemoniado que tiene. Todo se resolvió en el momento en que dije "Estoy equivocado. Estoy tratando de resucitar un muerto. Esta mujer murió". Pero bueno, hablábamos de *El otoño del patriarca*. Con *El otoño del patriarca* y con los libros en general, sucede eso. Uno no tiene más recurso que el mundo interior de uno mismo.

*Williams:* Ud. estuvo en Cartagena durante algunos meses en el período de escritura de *El amor en los tiempos del cólera*. ¿Tuvo alguna relación especial con la ciudad para escribir el libro?

*García Márquez:* Era muy divertido. Para empezar, fue el mejor año que he pasado en mi vida, el más maduro de todos.

*Williams:* ¿Maduro en qué sentido?

*García Márquez:* Con una estabilidad emocional absoluta. Es decir, durante muchos años tenía una idea más o menos aproximada de cómo me gustaría vivir. Pero ese año supe cómo quería vivir, y cómo hubiera querido vivir siempre. Escribía durante la mañana, y por la tarde salía a buscar locaciones, conscientemente, porque tenía dos ciudades: una, la de la realidad, y otra, la de la novela, que no es igual a la de la realidad, porque las distancias no son las mismas, porque un novelista no puede copiar literalmente la ciudad. Entonces uno se encuentra, por ejemplo, con cosas como ésta: Flaubert ¿cómo reconstruye París? ¿Sabe la distancia que hay de un sitio a otro? Encontramos novelistas franceses que tienen personajes que viven en un lado de París y que una tarde se van a pie al otro lado. Es más de una hora en metro. Se trata

de una poetización del espacio. Claro, se economiza todo un viaje absolutamente inútil, y fue así como hice lo mismo con Cartagena.

*Williams:* Del Caribe hay varios detalles, ¿no?

*García Márquez:* Sí, del Caribe hay muchos. Hay detalles de Santo Domingo y también de La Habana. Eso es más fácil, porque las ciudades del Caribe tienen muchas cosas en común. La novela podría ocurrir perfectamente en Veracruz. Ahora, en Cartagena hay una aristocracia que no hay en Veracruz, es decir, que no hay en México después de la Revolución. Nunca antes había tenido esa posibilidad de estar escribiendo y salir como con un saco, e ir metiendo las cosas dentro del saco.

*Williams:* ¿Para regresar luego al apartamento, refrescado?

*García Márquez:* Más bien cargado como un saco. Y al mismo tiempo, era muy cómodo porque vivía en una ciudad tranquila y apartada del Caribe, pero con el mundo entero al alcance de la mano. Prácticamente dos o tres veces por semana había amigos del mundo entero que estaban allí con nosotros. O si un día me daba la gana, me iba al aeropuerto, y luego a Europa, a Nueva York, o a cualquier parte. Esa ciudad es muy cómoda para eso. O sucedía que esperaba a alguien en el avión de las 4:00, me ponía a leer en la terraza, y cuando veía pasar el avión, corría al coche y llegaba al aeropuerto en el momento en que estaban saliendo. Fantástico, ¿verdad? Se da uno cuenta después de darle la vuelta al mundo qué fácil puede ser la vida allí. Esa es, pues, la experiencia de Cartagena. De alguna manera, los puntos de referencia geográficos y emocionales de *El otoño del patriarca* son también Cartagena.

*Williams:* Realmente yo nunca había pensado precisamente en Cartagena.

*García Márquez:* Lo que pasa es que, en ambos casos, yo quité las murallas, porque eso es definitivo. Es decir, si la ciudad tiene murallas, ya no hay duda de que es Cartagena. En *El amor en los tiempos del cólera* hice un truco y es que los que van en globo pasan por encima de la ciudad de Cartagena

en ruinas. ¿Se acuerda? Ven la antigua ciudad abandonada que, como imagen, así poética, es muy bonita, y dan un poco el dato de cómo se manejan las cosas en la literatura.

*Williams:* Es otra vez la poetización.

*García Márquez:* Claro. Cuando al lector lo tenemos convencido de que está en Cartagena, lo llevamos y lo paseamos por Cartagena abandonada. Es un desdoblamiento de la ciudad. Digamos que es la misma ciudad en dos épocas, en dos tiempos distintos.

*Williams:* Hemos hablado acerca de sus recuerdos sobre varios sitios relacionados con su geografía. Me gustaría terminar preguntándole cómo recuerda. ¿Diría ud. que tiene una memoria visual?

*García Márquez:* No, no es exactamente visual. Lo que pasa es que primero parezco un distraído, que ando un poco en las nubes, y no me doy mucha cuenta de las cosas. Eso me dicen los amigos, y también Mercedes y mis hijos. Doy esa impresión, pero de pronto encuentro un detalle que me revela todo un mundo.

*Williams:* ¿Suele ser algo que ve?

*García Márquez:* Siempre es algo que veo. Es siempre, siempre una imagen, sin excepción. Ese ideal de distracción mía es un poco raro. Aquí, en Cuernavaca, vino una persona, un político, y estuvo hablando conmigo todo un fin de semana. Vino un viernes, se fue el sábado. Pero el miércoles, cuando se fue, le di dieciséis páginas de una síntesis de nuestra conversación, donde no faltaba ni un solo tema importante. No es que sea una cosa extraordinaria, sino una idea que tengo y que hasta ahora no me ha fallado. Por eso nunca tomo notas. Sucede que las cosas que me interesan no se me olvidan, y las que no me interesan se me olvidan en seguida. Hay una memoria selectiva que es muy cómoda. Porque tomar notas... después no las entiendo ni me acuerdo por qué las tomé. Cuando estoy corrigiendo un libro sí las tomo: anoto al margen; por eso es que la computadora ha sido para mí tan importante. Ha sido el gran descubrimiento. Si a mí me hubieran dado la computadora hace veinte años, tendría dos veces más libros de los que tengo.